

E. MIRET MAGDA LENA

La vida se realza con la cultura. Pero donde la cultura decae, la vida humana se adormece: el sentido social del hombre se apaga y no se desarrolla ni el hombre ni la sociedad.

No hay nada más que recordar las investigaciones realizadas sobre los llamados niños-lobo. Hoy se han estudiado numerosos casos de niños que se desarrollaron físicamente apartados de toda civilización y comunicación social, y este handicap les pesó como una carga negativa, impidiéndoles un fácil, rápido y completo desarrollo posterior. El niño kamela, descubierto por el doctor Sing en 1920 en la India, había vivido con su hermano entre lobos, sin comunicación humana alguna, y esta situación acultural le costó cara. Entrado ya en la civilización, tardó cuatro años en aprender a andar a pie, y al cabo de siete años sólo había aprendido cuarenta y cinco palabras, cosa que le impedía su desarrollo intelectual y volitivo.

La "sociabilidad" es la característica del hombre, y el lenguaje su vehículo. Y a partir de ella aparece la conciencia psicológica, como resultado suyo, que "es lo que ha permitido al hombre salir de la animalidad" (Platonof, Psychologie, Ed. du Progrés, Moscú).

La antigua definición aristotélica del hombre como "animal racional" significa fundamentalmente que este animal que es el hombre tiene "una relación imprescindible con la expresión, con el pensamiento expresado, con la palabra" (Ed. Lledó, Filosofía del Lenguaje, 1970).

Es la cultura, como relación social, la que favorece y despeja la inteligencia, y no el cerebro como entidad material. Espíritus tan agudos como el filósofo Kant o el literato Anatole France poseían un cerebro muy inferior a la media corriente en tamaño. Estamos muy equivocados en nuestras pequeñas recetas clasificatorias de los hombres inteligentes y no inteligentes, porque —contra lo que se piensa comúnmente— "un cráneo impresionante y una frente despejada son a menudo características de hombre vulgar" (Platonof, o. c.). En cambio es decisivo el lenguaje porque "cuanta mayor capacidad de lenguaje activo tiene una persona, más fecundo es su pensamiento" (o. c.). Y ya hemos visto —por mi artículo anterior— lo decisivo de esta capacidad de pensamiento e ideas para adoptar decisiones libres, para ser verdaderamente libre el ser humano. Sólo cuando tenemos un amplio acervo de posibles relaciones entre los hechos y las cosas, es cuando podemos abarcar y dominar, con nuestra consideración y reflexión, estos hechos y estas cosas. Si no, serán ellos los que nos dominen, aunque experimentemos engañosamente la ilusión de vivir la libertad. En nuestro mundo occidental es muy frecuente esta falaz experiencia de vivir la libertad, pero sólo en la superficie verbal o tendencial, inducida por la propaganda y por los grupos de poder que saben explotar esta superficial sensación de libertad sin que exista en lo profundo. Anuncios, medios de comunicación social, campañas hábilmente orquestadas, "slogans" y demás medios de bombardear con pocas ideas, machacona-

mente repetidas, dan este resultado aparentemente brillante de libertad, pero descorazonante en la realidad. Otro camino es también frecuente hoy, el de la "tormenta de ideas" que caen en profusa y confusa amalgama en nuestra mente, sin posibilidad de sopesarlas, reflexionarlas y vivirlas para poder elegir con conocimiento vital de causas.

Si aplicamos estos dos fenómenos de restricción y de avalancha superficial de ideas a la niñez, la adolescencia y la juventud, el resultado es sumamente negativo. Por eso la situación de nuestra educación (no sólo escolar, sino social), que va confundiendo por el camino de "stop and go" sin peso ni medida, nos va llevando a una situación de empobrecimiento cultural del lenguaje, ideas reflexivas y, por tan-

NUESTRA LIBERACION POR LA CULTURA

to, de decisiones libres y conscientes. O no sé si hemos sido suficientemente perspicaces los maduros para darnos cuenta de lo que hemos creado, o lo que hemos dejado crear, como base del futuro.

Ayer podíamos achacar estos males a la incuria de la Iglesia española que quiso vivir externamente muy tranquila, sin oposición, y para eso cerró los ojos y oídos de los creyentes a toda apertura inteligente. Pero hoy resulta cada vez más difícil achacar este mal principalmente a nuestra Iglesia. El estamento civil, desbordado por los problemas del país, acomete los mismos sin el sistema abierto y el norte amplio que harían falta. Cómodamente imitó ayer los procedimientos restrictivos de la Iglesia —censura, freno expansivo cultural, olvido de un pluralismo expresivo—; y hoy, desbordada aquella fase por la evolución del mundo, estamos no sé si en un punto peor: el desconcierto por ausencia de una profunda y clara culturización empeñosamente fomentada.

Decía el mejor educador francés, Alain, "lo que no cuesta esfuerzo, no es educativo". Y siguiendo esta regla, que Francia adoptó en la primera mitad de este siglo, se consiguió un país de gran cultura, de grandes decisiones y de buen desarrollo humano. Y entre este esfuerzo se encuentra, sobre todo, el de fomentar el desarrollo del lenguaje, la expansión de la palabra. Y para ello, un propósito decidido, inteligente y metódico de cultura amplia, de esfuerzo personal apoyado y de libertad de expresión. Este trabajo de compulsar personalmente ideas y reflexionarlas, hay que fomentarlo cada vez más. Y eso requiere mayor, mucho mayor libertad de expresión, de reunión

y de asociación, para que no quede el diálogo en monólogo, como suele ocurrir casi siempre.

La Iglesia, aunque demasiado tarde, ha llegado a reconocer —al menos en teoría— esta verdad después de cuatro siglos de cerrazón creciente. Y la ha propugnado para ella y para los demás: ha comenzado, dentro de ella misma, el libre juego de la confrontación. Y la sociedad tiene que caer también en la cuenta de lo mismo. Nosotros, los españoles, hemos de adquirir conciencia de que ese es nuestro único camino: la amplia cultura y la confrontación reflexiva de ideas, mediante un diálogo a todos los niveles sin violencias ni cortapisas. La familia, el municipio, las regiones y el país todo —lo mismo que el mundo— deben acceder cada vez más a esta situación que en la Iglesia ha comenzado. Si esto, como la Iglesia dice a católicos, es un derecho natural de toda sociedad, le corresponde realizarlo de la manera más eficaz y perfecta posible a la sociedad eclesial y a la sociedad de los pequeños o de los grandes grupos humanos.

Esto, por supuesto, no lo consigue cada uno encerrado en sí mismo —como hicieron los eclesiales teorizantes de ayer o los políticos de laboratorio de hoy—, sino únicamente saliendo todos al aire libre, y acostumbrándose a las lides de esa dialéctica generalizada entre los hombres. No hagamos de nuestra sociedad un bloque cerrado sin mutuas comunicaciones, igualándolo además por abajo en vez de hacerlo al mayor nivel cultural. Si ese rasero se limita, siempre será condenable, pero mucho más si se pretende —consciente o inconscientemente— la igualación a bajo nivel cultural, intelectual y social.

Un país que empobrece su lenguaje, como le ocurre al nuestro, es un país condenado a la ausencia de libertad y de decisión, porque "en el lenguaje humano aparece casi siempre la figura psicológica de la personalidad", como dice el psicólogo soviético Rubinstein (Principios de Psicología General, México, 1967). Si el lenguaje y su capacidad son pobres, nuestra personalidad, por muchos oropeles exteriores de que se revista, será en el fondo también pobre.

Por eso las palabras huecas, en teología o en política, se pagan algún día. Y hoy estamos pagando caro el resultado de aquel verbalismo religioso y civil que hemos padecido desde hace dos siglos en nuestro país, salvo en aquellos pequeños islotes de respiro que fueron nuestras dos Repúblicas, y que, sin embargo, nos cogieron ya cansados para remontar el bajo nivel educativo-social en que nos encontrábamos. Y fuimos entonces víctimas de nuestra falta de entrenamiento y desarrollo metódicos y profundos de la "comunicación" y "sociabilidad".

Estos elementos necesarios para una auténtica convivencia constructiva no se realizan en un día, y hemos de hacer el máximo esfuerzo por crearlos tenazmente y sin desmayo. Sólo así nos liberará la cultura; sólo así se crearán hombres con ideas convencidas y amplias —por tanto—, libres, que sepan construir conscientemente el futuro. ■